

## Conjugación familiar o dialogada?

El señor Azkue, al empezar a tratar de la conjugación de «itano» en toda su extensión, rechaza la denominación de «dialogada» que a algunas de sus flexiones aplicó el P. Añandiaga, y aunque no le satisface del todo, acepta la de familiar, usada ya por los tratadistas hace tiempo y convertida en tradicional. Es pura cuestión de nombre que no debe interesarnos mucho; sin embargo, juzgo que *podemos* y *debemos* retener ambas denominaciones, para distinguir con nombres diferentes flexiones verbales de un orden gramatical muy distinto.

Que las flexiones en que el pronombre «i, tú» entra como agente, paciente o recipiente, no fueron siempre familiares en euskera, es tan cierto como lo es que el pronombre «zu, vosotros» no fué singular, sino plural, hasta que los hombres empezaron a tratarse de vos, como si fueran personajes dobles, según graciosa expresión de Voltaire, citada por el señor Azkue, porque no habiendo entonces en euskera ningún pronombre de segunda persona singular, fuera de «i, tú», es evidente que las flexiones verbales que a él corresponden, hubieron de emplearse necesariamente, tuviera una familiaridad o dejara de tenerla con la segunda persona singular con quien hablase. Respecto de las flexiones en que «i» no es agente, ni paciente, ni recipiente, sino simple elemento de relación, cabe afirmar, casi con igual certeza, que tampoco fueron flexiones *exclusivamente* familiares, al

menos tal como lo son hoy en día, porque su familiaridad *actual* arranca precisamente del hecho de que el pronombre «i», hoy familiar, interviene en ellas de algún modo; pero no habiendo sido familiar este pronombre en los tiempos en que «zu» era exclusivamente plural, tampoco estas flexiones debieron serlo por necesidad.

Hoy unas y otras son familiares por punto general, pues recíprocamente sólo se usan entre personas que se tratan con familiaridad. Es verdad que, aun fuera de la familiaridad, las emplean las personas que tienen cierta superioridad respecto de aquélla a quien dirigen la palabra; pero es igualmente cierto que no cabe la reciprocidad en tales casos.

Les conviene, pues, hasta cierto punto la denominación de familiares; pero como, por otra parte, las flexiones en que el pronombre «i» interviene como agente, paciente o recipiente y aquellas otras en que ese pronombre no es más que simple elemento de relación, son formas verbales de un orden completamente distinto, no cabe incluirlas bajo un denominador común sin dar lugar a lamentables confusiones. En efecto: entre las flexiones en que «i» interviene como agente, paciente o recipiente *nakak*, *akat*, *natořkik* y aquellas otras en que solamente es elemento de relación *yakat*, *nayatok*, hay ideológica y morfológicamente mayor distancia que entre las primeras y las flexiones, hoy corteses, correspondientes a los demás pronombres *naka-zu*, *d-akat*, *natořki-zu*. Si, pues, a las flexiones de «i» agente, paciente o recipiente las designamos con la denominación de familiares, a aquellas otras en que «i» es simple elemento de relación, aunque las llamemos familiares, porque lo son en el estado actual de la lengua, po-

demos y debemos distinguirlas de las primeras, aplicándoles algún nuevo calificativo que les cuadre.

Cierto que el apelativo de *dialogadas* no es exclusivo de ellas, porque con cualesquiera otras flexiones puede entablarse el diálogo; pero son tan especiales estas formas verbales que, sin que la persona a quien dirigimos la palabra intervenga en ellas ni como agente ni como paciente, ni siquiera como recipiente, introducen necesariamente un diálogo. Si a las demás flexiones *puede* aplicarse el calificativo de «dialogadas», porque con ellas *puede* entablarse el diálogo, a estas otras en que «i» es elemento de relación y no se usan ni pueden usarse sino dialogando con esa segunda persona, ese calificativo les conviene por antonomasia; mas lo que por antonomasia conviene a una cosa, es nombre que sin escrúpulos puede aplicársele, al menos mientras no aparezca por ahí otro que la designe con más propiedad. Por esto creo —salvo meliori— que podemos y debemos retener ambas denominaciones, llamando familiares a las flexiones de «i» agente, paciente y recipiente, y familiares-dialogadas, o acaso mejor dialogado-familiares, a aquellas otras en que el pronombre «i» no pasa de ser simple elemento de relación.

### **El auxiliar «izan» tiene conjugación familiar dialogada?**

Hablando de esta conjugación dice el señor Azkue en el párrafo 749 de su Morfología: «El sustantivo absoluto «izan» no admite la conjugación familiar que tiene el relativo «ukan» y que la tienen todos los verbos conjugables». Esta afirmación —dicho sea con todos los respetos que me merece el señor Director

de la Academia—, me parece errónea, insostenible. Ciertamente, en el presente de indicativo las formas dialogadas del auxiliar intransitivo coinciden morfológicamente con las familiares puras —no dialogadas— del auxiliar transitivo con agente de segunda persona de singular. Intransitivas dialogadas: «etoñi nok, gozak, dok, dozak». Transitivas familiares con agente de segunda persona de singular: «ikusi nok, gozak, dok, dozak». Esto ha podido contribuir a que el señor Azkue estampara aquella afirmación que, a mi parecer, peca de excesivamente general.

Cuando una cuestión morfológica se nos presenta oscura en un tiempo, es natural que acudamos a otros tiempos en busca de luz para resolver la dificultad con que hemos tropezado en aquel primero. Ahora bien: si prescindiendo por el momento del presente, acudimos al condicional o hipotético, este tiempo con todos los demás que de él se derivan, nos enseñará que el auxiliar «izan» no deja de tener sus flexiones familiares-dialogadas. En efecto: las formas verbales corteses: ba (-nintz, -litz, -gintzaz, litzaz) están formadas con el núcleo o radical del auxiliar «izan». Esto —que yo sepa— nadie lo ha puesto en duda hasta ahora, ni puede ponerse en buena lógica; pero que estas flexiones corteses y sus familiares-dialogadas correspondientes: «ba-nintz-ok, litz-ok, gintz-ok, litz-ok, litz-o-zak» contienen un mismo e idéntico radical es cosa demasiado clara para que pueda ponerse en tela de juicio. Y esta intervención del núcleo de «izan» aparece aún más clara, si nos fijamos en las flexiones de recipiente: «ba-litzadak, litzakuk, nintzakok, gintzakozak, litzakok, litzakozak, etc.»

Exactamente lo mismo debe decirse de las flexiones del condicionado e imperfecto de indicativo, ya

que éstos tiempos en realidad no son otra cosa que simples derivaciones afijativas del que hoy sólo empleamos como hipotético, pero que debió de usarse sin el prefijo que le acompaña: *nintzake-k*, *litzake-k*, *gintzakez-ak*, *litzakez-ak*: *nintzoan*, *gintzoazan*, *zoan*, *zoazan*.

Aun concretándonos al presente, si en las formas corteses «natzako (1), gatzakoz» entra como núcleo el auxiliar «izan», como parece indudable, ¿quién se atreverá a negar que las familiares-dialogadas *natzakok*, (2) *gatzakozak* contienen el mismo núcleo? En vez de (3) «natzakok, gatzakozak» se usan mucho «nanyakok, gayakozak». Estas han dado lugar a las de tercera persona paciente que hoy empleamos incompletas «*yatak, yakuk, yakok yakek* o *yakiek*. Juzgo que no deben su origen al núcleo de «izan», sino al de «edin», pero ahora no es momento oportuno para divagar y lo dejo para otra ocasión mejor.

He advertido antes que las flexiones familiares puras del auxiliar transitivo y las dialogadas del intransitivo coinciden morfológicamente en el presente de indicativo: *ikusí nok, etoí nok*. En el dialecto bizkaino estas flexiones intransitivas admiten una explicación aceptable sin necesidad de recurrir a las transitivas para hallar su origen. Partiendo del hipotético en que las formas corteses *ba-nintz*, *-litz*, etcétera, se convierten en familiares dialogadas con sufixarles la sílaba «ok», pudiérase sostener que las intransitivas de presente fueron estas: *na-ok*, *da-ok*, *ga-o-zak*, *da-o-zak* contraídas hoy en *nok*, *dok*, *gozak*, *dozak*. Y si se opusiera el reparo de que las

---

(1) Natxako, gatxakoz.

(2) Natxakok, gatxakozak.

(3) Natxakok, gatxakozak.

dos últimas, en vez de la pluralizadora «ia o ra» de *gara* (gira) *dira*, llevan una «z», pequeña dificultad sería esa, ya que en todos los demás intransitivos es precisamente la «z» quien desempeña esa función. Sin embargo, teniendo en cuenta que esas mismas flexiones intransitivas en los demás dialectos revelan con mucha mayor claridad que fueron tomadas del auxiliar transitivo, no me atrevería a sostener que las bizkainas no han recorrido el mismo camino, a pesar de la explicación dada y del enorme salto que, cambiando de función gramatical, hubo de dar la característica de agente de las primeras, para convertirse en simple elemento de relación en las segundas. Lo cierto es que los núcleos de *ukan* o *edun* y de *izan* se han confundido lamentablemente, empleándolos en horrible mescolanza en las distintas personas de un mismo tiempo: *ba ninduk*, *ginduk*, *litzak*, *litzatek* (gip.) Lardizabal.

### La conjugación dialogada es moderna?

Al final del párrafo 827 de su Morfología dice el señor Azkue: «sigamos como nuestros ascendientes llamando *conjugación* familiar a esta tan típica, tan perturbadora y tan poco antigua *conjugación*». Y en el número siguiente dice: «Lo de que la conjugación familiar no sea tan antigua, merece párrafo aparte. Razones que abonan esta teoría». Presenta a continuación cuatro razones que, a primera vista, parecen convincentes; pero si se examinan un poco, se ve que tienen más apariencia que solidez, como que están basadas en una lamentable confusión de términos. Examinémoslas una por una y veremos lo que prueban y lo que dejan de probar.

Primera razón: El pronombre «zu» originariamente fué plural, y su evolución (al singular) motivada por el contagio de lenguas románicas, ha sido relativamente moderna. Ahora bien: en algunos dialectos vascos figura «zu» como característica de conjugación ¡familiar!, dando la mano a las características de sexo «k, n»: *zetořek, zetořen, zekik, zekin*. Fuera del dialecto bizkaino, junto a *zait, zaigu*, corteses hoy, tenemos las familiares *zaidak, zaiguk*, formadas con agregarles las características sexuales».

Perfectamente; pero habría que probar que esa zeda de *zetořek, zekik, zaidak* es ni más ni menos que la inicial del pronombre *zu*. Esto nadie lo ha probado ni lo probará, porque esa zeda, en las flexiones citadas, es característica de tercera persona, y el pronombre *zu* —que sepamos— jamás fué representante de tercera persona.

Pero aun dando de barato que esa zeda en esas flexiones sea la inicial del pronombre «zu», cosa que no puede concederse, habría que demostrar que el contagio de que se habla se realizó en el origen mismo de la conjugación dialogada, y no andando el tiempo, cuando ésta había alcanzado ya una vida larga, como ocurre generalmente en los contagios de esta clase, que suelen tener lugar cuando el pueblo ha perdido la conciencia del valor exacto de los elementos integrantes de las flexiones. *Iturry* en su *Grammaire basque*, hablando de las flexiones dialogadas de «egon», pone esta advertencia: Au lieu de *ziagok, ziagon* D. et L. disent *diagok, diagon*. Del mismo Dechepare cita «diadukat» en vez de «zadukaiat», y de Lizarraga, entre otras, *diaudek* por *ziagozik, dioazak* por *zioazik, diabiltzak* por *ziabiltzak, diatzak* por *zatzak*; lo cual quiere decir que aun su-

poniendo que la contagiosa zeda que da la mano a las características de sexo *k*, *n*, sea la inicial del pronombre *zu* —que no es poco suponer—, la conjugación dialogada familiar fué atacada de viruelas cuando era ya bastante vieja.

*Segunda razón.* Si la conjugación familiar —la que yo llamo dialogada familiar— no fuese moderna —dice el señor Azkue—, sería imposible la existencia de la conjugación cortés. Por qué? Porque «basta que en un párrafo se cite una flexión de tuteo para que todas las flexiones corteses tengan que desaparecer». Explicando más esto mismo, dice un poco más adelante: «Basta que en una conversación de hoy día diga uno atór «ven» para que luego no pueda correctamente decir nago, nabil, noa, naiz, sino que se ve obligado a familiarizarlas, diciendo ñagok o ñagon, ñabilk o ñabilna, naioak o naioan, nok o non, según se hable con varón o hembra».

Este argumento se puede convertir fácilmente contra quien lo emplee. Véase. Las flexiones que he llamado simplemente familiares como atór, excluyen hoy y excluyeron siempre las corteses, pues reclaman y reclamaron necesariamente tras de sí las que he llamado flexiones dialogadas familiares: ñagok, ñabilk, etcétera; es así que las simplemente familiares como atór, natořkik, atořkit, etc., son tan antiguas como el euskera; luego las dialogadas familiares lo son también. Que las flexiones simplemente familiares de «i» agente, paciente o recipiente, sean tan antiguas como la lengua misma, no lo podemos negar, admitiendo como admitimos que «zu» hasta tiempos relativamente modernos fué plural y nada más que plural, y no conociendo como no conocemos ningún pronombre singular de segunda persona fuera de «i».

El negarlo equivaldría a decir que durante mucho tiempo los vascos hablaron siempre con grupos de personas; que jamás habló una segunda de singular ni se dirigió la palabra a ella. Pero prescindiendo de este argumento «ad hominem», creo que las flexiones simplemente familiares no reclamaban tras de sí el empleo *necesario* de las dialogadas, sino que era *potestativo* en quien hablase o dependía de circunstancias externas a las flexiones mismas. Si hoy nos suenan mejor las dialogadas, subordinadas a las simplemente familiares, eso se debe indudablemente a que a unas y otras las hemos conocido encerradas en el estrecho círculo de la familiaridad; pero ¿ocurría lo mismo cuando las de «i» agente, paciente o recipiente no eran aún familiares? Esto es lo que debiera demostrarse; pero me parece difícilillo el hacerlo.

Si las dialogadas *yoat*, *yok*, etc., fueron o no siempre familiares, no nos consta de un modo cierto; pero como antes he indicado, hay poderosas razones para creer que no lo fueron con esta familiaridad plebeya que actualmente tienen, hasta que «i» se hizo plebeyo. Que las simplemente familiares *dok*, *daukak*, etc., no lo fueron, es evidente. Estas flexiones, hoy plebeyas, hasta la evolución de «zu» al singular fueron del mismo orden que *dot*, *daukat*, etc.: corresponden a éstas tan perfectamente como *dogu*, *daukagu*, etc. Ahora bien: las flexiones *dot*, *daukat*, etc., no exigen ni exigieron nunca el empleo de las dialogadas; luego ni *dok*, *daukak*, etc., lo reclamaron allá en sus buenos tiempos en que corrían libremente fuera del estrecho círculo de la familiaridad. Convertidas hoy ambas en familiares y plebeyas, nada nos debe extrañar que mutuamente se busquen y completen, porque no sólo en euskera, sino en cualquiera otra lengua

nos disuena que un párrafo o una conversación que empezó en íntima familiaridad, acabe en fastidiosa cortesía; pero si la causa de esa exigencia actual es la familiaridad común a ambas flexiones, es lógico suponer que tal exigencia o necesidad no existió cuando las flexiones de «i» agente, paciente o recipiente no eran aún familiares.

Además de las flexiones dialogadas familiares, tenemos también las dialogadas corteses bastante usadas aún hoy día en varias zonas. Ahora bien: las dialogadas de «zu», elemento de relación en ellas como «i» en las familiares, ni en esas mismas zonas donde más se emplean impiden la coexistencia de las formas indeterminadas o no dialogadas. Siendo esto así, ¿por qué hemos de suponer que el pronombre «i» en sus buenos tiempos, cuando podía moverse a sus anchas sin ese contrincante «zu» que le ha usurpado su puesto y no tenía, por lo mismo, los motivos que hoy tiene para enfadarse, fué tan vidrioso y de tan mal genio que sólo perdonase la vida a las flexiones que servilmente se sometieran a su despótico dominio? ¿Por qué no suponerle, cuando menos, tan bueno como al entrometido «zu» que permite vivir dentro de sus dominios a las flexiones indeterminadas o no dialogadas?

En este mismo párrafo, y con el propósito de apoyar su tesis, hace el señor Azkue una observación que no debo pasar en silencio. Dice: «En otra parte se dijo que la familiaridad no sube por lo general al imperativo y subjuntivo, eso que Zabala, no sabemos si apoyado en el pueblo, hace uso de algunas flexiones familiares de esos modos. Lo cual quiere decir que todavía la conjugación familiar está en latente elaboración, habiendo empezado ya por lo menos un

siglo atrás su lento y constante trabajo de perforación en las flexiones conjuntivo-subjuntivas». Esto me parece casi imposible. La conjugación de «itano», aun en el modo indicativo, está hoy en plena *decadencia*: fuera de algunas aldeas, la han condenado a perpetuo destierro. En estas circunstancias, ¿cómo es posible suponer que la dialogada familiar en flexiones imperativas y subjuntivas esté en latente elaboración? Lo razonable es suponer que su *decadencia* en esos modos ha sido más rápida. Pues qué, ¿no sabemos que aun las formas corteses, indeterminadas o no dialogadas de esos mismos modos, las va perdiendo el pueblo de un modo lamentable de un siglo a esta parte? Y siendo esto cierto, ¿vamos a suponer que la conjugación dialogada familiar, que está calcada sobre las flexiones indeterminadas y es más complicada que ellas, está hoy en esos modos en latente elaboración? Esto no es creíble ni mucho menos.

*Pasemos a la tercera razón.* «Si esta familiarización fuese connatural a la lengua, *seguramente* habría de existir en las flexiones de que nos valemos para enderezar la palabra a personas con quienes tenemos trabado el diálogo. Sin embargo, al dirigirnos fraternalmente a un grupo, no tenemos medio para indicar familiaridad».

El confundir la familiarización de estas flexiones verbales con las flexiones mismas, es lo que nos ha metido en este berenjenal. De no ser así, el señor Azkue se hubiera expresado con mucha mayor claridad y exactitud y yo me hubiera ahorrado el trabajo de esta contestación. Llevo dicho, y repito ahora, que la familiarización de las formas en que el pronombre «i» interviene como agente, paciente o recipiente, no es connatural a la lengua. Lo prueba el hecho de que

flexiones hoy familiares como *ator*, *abil*, *nakak*, *na-roak*, etc., no lo fueron hasta que «zu» se metió donde no le correspondía. Tampoco la dialogación en lo que hoy tiene de familiar es connatural a la lengua, puesto que su familiaridad actual sólo data desde que el pronombre «i», su elemento de relación, perdió sus derechos de caballero para convertirse en plebeyo o gitano, si place más. Vengamos al examen del argumento. De que el euskera haya tenido flexiones dialogadas para hablar con una segunda persona de singular, no se sigue que necesariamente hubo de tenerlas para hablar con un grupo. Pero, además, ¿es acaso cierto que no las ha tenido? El dialecto suletino tiene una conjugación de flexiones dialogadas cortesés completa; los demás dialectos la tienen también, aunque acaso no tan completa como el suletino; las flexiones dialogadas cortesés del bizkaino, aun hoy mismo son muy usadas en algunos pueblos de Arátia. En estas flexiones el pronombre de relación es «zu»; pero para tener de todo, aun de aquello que nos estorba, tenemos hasta flexiones dialogadas correspondientes al pronombre de reciente creación «zuek», aunque creo que éstas son poco usadas. Sabemos que el pronombre «zu» fué plural; por consiguiente, mientras no se demuestre que las flexiones dialogadas hoy cortesés de «zu» se crearon después de su evolución al singular, bien podemos sostener que el euskera tuvo flexiones dialogadas para hablar con un grupo de personas.

*Cuarta razón.* «El pronombre «i» sólo es familiar y plebeyo desde que «zu» usurpó su puesto de singular para designar a personas respetables. Hasta entonces «i» designaba desde el Ser Supremo a cualquiera de los más ínfimos de la tierra. Y como, según

se ha visto, esta usurpación de «zu» es aún moderna, moderna es también, de consiguiente, la familiarización».

Que la familiarización de estas flexiones verbales sea relativamente moderna, ya lo he concedido antes; pero no se trata de eso, sino de averiguar si esas flexiones, hoy familiares, son modernas en sí mismas. Si al correr de los tiempos convirtiéronse en familiares flexiones preexistentes, se podrá decir que su familiarización es más o menos moderna; pero no estará bien dicho que la conjugación misma es también moderna sólo porque a nuestros tratadistas les ocurrió llamarla familiar. Insisto en lo que ya he dicho antes. Nos consta positivamente que las flexiones atof, abil, az, dok, dauat, deunat, etc., existieron antes de su familiarización; pero si a estas flexiones de «i» agente, paciente o recipiente les sobrevino su carácter familiar cuando eran ya muy antiguas en la lengua, ¿qué razón hay para creer que la creación de las dialogadas de «i» se demoró hasta que aquéllas se vistieron con el nuevo traje de la familiaridad? Pero en ese caso — se dirá — no hubieran sido familiares, a lo menos desde su origen.—Pues que no lo fueran; no por eso hubiesen dejado de ser dialogadas, expresivas y enérgicas, razón suficiente para legitimar su existencia.

Conclusión: Las razones del señor Azkue prueban que la familiarización de la conjugación dialogada de «i» es relativamente moderna; pero no prueban, ni mucho menos, que lo sea la conjugación en sí misma.

EGUSKITZA.